

vel del agua de los pozos. El agua juega, por otro lado, un papel muy importante en toda la historia.

Su expulsión —imaginémosla una esponja— de los terrenos comprimidos hasta su punto máximo de resistencia explicaría la súbita variación de velocidad de las ondas sísmicas. También el agua, al lubricar la zona de contacto entre las masas, permite deslizamientos sin choques violentos, suprimiendo así los minitemblores ínfimos para acumular las oleadas de compresión hasta que se produce finalmente el cataclismo mayor. Por último, el agua almacenada en las presas determina lo que se califica púdicamente de "seismos inducidos".

Se conocen los ejes de sismicidad que desgarran el planeta. Se sabe que los seismos sucesivos se producen a

instrumentos delicados —algunos de los cuales se denominan "tilt-metros"—. Se instalarán también antenas que apuntarán hacia astros lejanos, y se dirigirán rayos laser hacia blancos fijos, para detectar las mínimas deformaciones de la corteza. Satélites especiales escrutarán el relieve. Otros recogerán y entregarán los millones de cifras suministradas por los diversos instrumentos a potentes ordenadores. Al cabo de tantas operaciones, se estará —tal vez— en condición de anunciar: "Existe una probabilidad **P** de que se produzca un seísmo de magnitud **M** en la zona **Z** en el transcurso de los **X** próximos meses".

Habría también que ponerse de acuerdo sobre los criterios aceptables para calibrar los parámetros, **P**, **M**, **Z**, **X** y algunos otros, a fin de no provocar excesivas alarmas injustificadas. "El anuncio de un seísmo inminente tendría consecuencias casi tan graves como el propio seísmo", reconoce el profesor Fournier d'Alba. Hay algún precedente como el de la ciudad de Salónica (un millón de habitantes), abandonada hace poco por más de la mitad de la población ante la proliferación de vagos rumores y bajo el pretexto de que se entraba en una fase de plenilunio comparable a la que había acompañado a un seísmo anterior.

En estas condiciones, para un Gobierno, el anuncio de un eventual terremoto, previsto para una fecha imprecisa por los científicos sería un regalo envenenado. "Deberíamos preocuparnos de las consecuencias sociales de la previsión, y de los imperativos de la toma de decisión", sugería a sus colegas un participante en la reunión de Estrasburgo. Fue rectificado inmediatamente por Paul Melchior: "Pobres de nosotros. Nuestro trabajo es ya complicado de por sí." Zapatero a tus zapatos, vino a decir. Los científicos no quieren comprometerse. Propondrán a los Gobiernos un hermoso programa puramente científico. Y que los poderes públicos se las arreglen con el pánico de las muchadumbres. ■



¿Podemos apreciar en las fotografías?

intervalos cuasi regulares a lo largo de esos ejes.

¿Un regalo envenenado?

Si el Consejo de Europa consigue poner en pie un programa operacional, si obtiene el aval de su Asamblea parlamentaria, la financiación de la Agencia Espacial europea y de los Gobiernos, el Viejo Continente quedará bajo observación, como ocurre con ese gran enfermo tálurico que es el Japón. El subsuelo de las zonas sensibles quedará cosido de